

EL PROBLEMA DEL SUDAN

«El Sudán es uno por el territorio, y debe ser también uno por la lengua y la cultura. Con tal de obtener esto estamos dispuestos a suprimir a los tres cuartos de las poblaciones del Sur. A nosotros nos urge la tierra.» Así dijo Sharaf ed Din, subsecretario de Estado en el Sur, para la Educación, en Kator el mes de octubre de 1962.

Además: «No escuchéis las pueriles lamentaciones de los sudistas. Perseguidles, oprimidles, maltratadles según mis órdenes. Quien no cumpla las órdenes será acusado por ello», según un documento oficial del Gobierno central de Jartum.

Hemos iniciado deliberadamente con estas palabras (dos frases terribles y perentorias) las indicaciones de una condición social, civil, religiosa, de un Estado-polvorín, para el cual el interés respecto a la prensa y la opinión pública mundial es escaso y limitado a esporádicas exhibiciones verbales. «Poca tinta», como se dice en jerga, ha sido vertida en favor de un país desgarrado por incurables fracturas étnicas; con la amenaza siempre inminente de agravios raciales y divisiones tribales, con infiltraciones cada vez más progresivas de elementos islámicos y comunistas, los cuales están también en lucha cuando no encuentran un punto de contacto y de interés. La prensa inglesa, con las intervenciones cautas del *Observer*, el *Daily Telegraph*, el *Times*, *Sunday Telegraph* y *Catholic Herald*, ha tratado el problema con despego, como conviene a quien ha dejado atrás una colonización que (al menos en lo que se refiere al Sudán) dejó mucho que desear, transfiriendo la solución de los problemas fundamentales a los medios más interesados en su carácter de participantes, pero incapaces de soluciones equitativas. El cine, en uno de los últimos documentales ilustrativos, parecía querer afrontar la ardiente actualidad; pero en vez de eso se ha limitado a pasar sobre el tema de la esclavitud, que, aunque importante, no tenía en el reportaje bien definidos los límites entre realidad y leyenda.

La manera más usual, y menos digna de consideración, de presentar el problema del Sudán es aquella según la cual los acontecimientos sólo son medidas de seguridad para restablecer el orden y la paz; es decir, la acción de un ejército reclutado para combatir a los terroristas, negando al mismo tiempo las matanzas, que son el principal carácter de una tendencia a la dominación. Los «partisanos» negros son representados por los árabes como terroristas y agentes de presión de fuerzas imperialistas de tipos americano e israelita, fuerzas que tienen por objetivo la desmembración del Sudán y la división profunda entre el mundo árabe y el mundo negro africano dentro de la misma Africa.

Este problema es observado con cautela y afrontado con reticencia en los círculos políticos africanos por dos motivos fundamentales. El primero es de orden ideológico; el segundo está constituido por un deterioramiento potencial del *status quo*, que en caso de intervención externa repercutiría con una reacción en cadena sobre los otros países africanos.

EL PAÍS.

La historia del Sudán muestra que es un país vastísimo, de 2.505.823 kilómetros cuadrados y con una población de cerca de 12.000.000 de habitantes, cuyos grupos étnicos están constituidos principalmente por tribus árabes del Bahr el Arab y el Bahr el Ghazal, al Norte, y poblaciones negras de raza nilótica y semicamítica, al Sur, juntamente con alguna familia etiópica en el distrito de Gallabat. Es una historia hecha de sucesivos largos periodos de colonización, alternados con periodos de independencia.

Después de la dominación romana, grupos de beduinos musulmanes avanzaron hacia el Sur, ocupando poco a poco todos los centros cristianos. Al fin del siglo XVI, ellos contribuyeron a la fundación de los Estados musulmanes; pero las poblaciones negras del sur del Bahr el Ghazal y el Sobat, aunque algunos jefes fuesen musulmanes, no se dejaron en general influir por la confesión islámica.

En 1822, el Pachá de Egipto, Mohammed Alí, conquistó la región; pero en 1881, el Mahdi (enviado) Mohamed Ahmed, se sublevó y constituyó un Estado árabe que englobaba casi todo el Sudán egipcio. El Estado (mahdista) fue destruido en 1898 por Kitchener a la cabeza del ejército egipcio. Después se estableció el condominio de Inglaterra y Egipto. La intervención europea del siglo XIX fue enmascarada bajo el pretexto de poner fin al comercio de

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

los esclavos, al cual se entregaban intensamente los Estados del Norte a expensas de las poblaciones del Sur. El proceso de estabilización política continuó a través de varios acontecimientos, entre los cuales la elección de Faruq como Rey de Egipto y del Sudán en 1951, a lo cual siguió la proclamación de la independencia en 1955, año del comienzo de la revuelta sudista. El año después Sudán era un Estado soberano independiente; pero las discusiones internas, que ya no eran escaramuzas, sino terrible realidad, comenzaron a desgarrar el joven Estado. En noviembre de 1958, el general Ibrahim Abbud se apoderó del poder instaurando una dictadura militar. En noviembre de 1959, el memorándum entregado por la mayoría de los hombres políticos, en el cual se reclamaba el restablecimiento de la constitución provisional con nuevas elecciones y un Gobierno civil, quedó sin respuesta. En diciembre de 1961, el general Abbud formó una comisión constitucional. Poco después, en 1964, la Dictadura cayó, dando lugar a un Gobierno parlamentario. Hasta 1962 el país había sido regido por un equipo ministerial, presidido por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, en noviembre de 1962 se había constituido un Consejo Central (Supreme Council), compuesto de setenta y dos miembros, a los cuales se agregaban los miembros del Gabinete, y que con los jefes del ejército constituía el poder legislativo.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Un problema candente que agobia al Sudán es la miríada de partidos políticos, que se empujan unos a otros, mueren, se renuevan, se funden, se dividen; pero en el fondo no eran partidos legales, al menos hasta hace un par de años, aunque de hecho representaban las oposiciones tradicionales entre las diferentes regiones y sectas religiosas. Las más importantes son actualmente las siguientes: El Umma, fundado por Abdurrahmán el Mahdi, hijo del Mahdi (y con excesiva probabilidad, también nieto), partido muy influyente en el Norte, el cual se ha hecho campeón de la independencia, así como de la amistad occidental. La secta rival de la Mirghaniyya, difundida en el centro y el Este, ha fundado el Partido Nacional Unionista (N. U. P.), que defiende la necesidad de estrechos lazos con Egipto. El Partido Democrático Popular, nacido de la secta Jatmía, es moderadamente filo-egipcio. El Partido Liberal es representante de las poblaciones negras del Sur, no musulmanas en su mayoría, que reclaman la autonomía interna en el seno de una Federación

sudanesa. Muchos dirigentes del Sur, exilados, han fundado el movimiento «Sudán Africa Closed District National Unión» (S. A. C. D. N. U.), llamado ahora más abreviadamente S. A. N. U., que reivindica la autodeterminación por la vía de un plebiscito bajo el control de la O. N. U.

Junto a estos partidos pone un marco poco elegante un conjunto de partidillos, entre los cuales los independientes, más siete organizaciones y asociaciones (entre ellas los Hermanos Musulmanes), cada uno y cada una de las cuales se sienten autorizados, en nombres de utópicas investiduras, a replantear la suerte de un país martirizado que va hacia la ruina. Demasiado largo sería insistir ahora sobre el problema político-racial del Sudán, que como todos los Estados, en busca de autodeterminación, tiene motivos fundados para ser confusionistas. Sin embargo, es oportuno detenerse en el problema religioso, que, aunque sea directa consecuencia de lo primero, proporciona enormes preocupaciones. Y si es verdad, como insisten en decir ciertas voces, que el Sudán del Sur ha sido «peligrosamente arrojado como pasto a las misiones cristianas», los dos problemas se extienden confundándose, incluso excusando esto con aquello.

LAS MISIONES.

Para entender el precipitarse de la situación sudanesa en perjuicio de las misiones es necesario una breve exposición de hechos. Todo aquello que hoy parece ser el epílogo trágico de un glorioso proceso de evangelización tuvo su comienzo el año 540, con predicadores cristianos impulsados desde Nubia. Las crónicas observan después que a través de los siglos hubo varias formas de obstáculos, como la conquista musulmana de 1350, y la insurrección mahdista de 1881, que dio un rudo golpe a las misiones. Las actividades de estas misiones fueron vueltas a emprender sólo en 1898, con el resultado de 250 nuevos católicos.

En 1917, la Prefectura Apostólica llegó a ser vicariato, y en el 1930 los católicos ascendían a 39.416. En 1949 existían cinco territorios eclesiásticos, con 77.803 católicos y ocho sacerdotes sudaneses. En 1953 el país tuvo finalmente un Parlamento; sobre 147 diputados, los cristianos fueron 29 de diferentes confesiones, aunque el monopolio escolar quedó bajo el control de los musulmanes. En 1955 comenzaron las persecuciones; las escuelas misionales fueron prohibidas a continuación de los incidentes estallados entre Norte y Sur,

incidentes determinados por la revuelta de las tropas de la Provincial Ecuatorial (1.100 soldados y 400 policías), durante la cual fueron asesinados 450 árabes. Inglaterra (no se comprende bien por qué) tomó inmediatamente posición a favor del más fuerte y se alineó con el Norte para la represión de la insurrección. Así 342 sudistas fueron ajusticiados sumariamente, y no valieron para nada las protestas de los parlamentarios sudistas. Jartum no aprobó sus peticiones federales, puestas bajo auspicios de la O. N. U. En 1956 comenzaron, sin verdadera convicción, las primeras expulsiones de misioneros acusados de estar comprometidos en la revuelta. Pero no por eso la Iglesia sintió que era menoscabada la propia autoridad misional.

La preponderancia política de los musulmanes, el retraso económico y cultural del Sur, las disensiones entre las poblaciones del Norte y el Sur, la dispersión y el nomadismo de muchas tribus medievales obstaculizan fuertemente la acción civilizadora de la Iglesia; pero, no obstante, ella recoge éxitos positivos, como la creciente penetración del cristianismo, el aumento de las vocaciones sacerdotales (a pesar de las violentas campañas de intimidación) y la presencia de un grupo de laicos católicos. El proceso de islamización no tolera obstáculos ni contrastes, y procede para someter al Sur en los planos económico, político y social, además del religioso.

El Gobierno, que es precisamente el principal instrumento de difusión musulmana, financia propagandistas, edifica mezquitas y escuelas árabes, y ha constituido entre sus ministerios el «Departamento para los Asuntos Religiosos», que, colaborando activamente con el Ministerio de Educación y con Radio Omdurman, es el primer instrumento del proceso anticristiano.

La última hora del cristianismo parece haber sido señalada; la Iglesia es la única y temible rival del islamismo, y como tal debe irse. En febrero de 1964, la orden de extradición llegó a las misiones del Sur: 61 misioneros, tres ordinarios, 42 hermanos y 92 religiosos abandonaron por fuerza a 500.000 católicos y 58 misioneros, al sólo cuidado de 30 sacerdotes sudaneses.

Las principales acusaciones que el Gobierno adoptó para imponer tal procedimiento (cuya denominación oficial fue «Missionary Society Act») son siempre las mismas: injerencia en la vida política, hostilidad a las leyes nacionales e intenciones de minar la integridad y seguridad del Estado. Pero la verdad es una sola, los misioneros son expulsados como testigos peligrosos de la arabización violenta del Sur y como vehículos de la evangelización. Desde la mitad de 1964 la situación ha llegado a hacerse caótica. Los límites entre los problemas parecen tan borrosos que se confunden.

DISTURBIOS EN JARTUM.

En diciembre de 1964 estallaron desórdenes con ocasión del regreso a Jartum de Clemente Mobero, ministro del Exterior, sudista y católico. Mobero regresaba de una visita hecha al Sur, para darse personalmente cuenta de las vejaciones y las extorsiones del ejército nordista. Durante su misión había hecho algunas acusaciones gravísimas contra las injusticias del Gobierno y del ejército, por lo cual cuando llegó a Bahr el Ghazal (lago de las gacelas) los árabes locales le enseñaron, a guisa de advertencia, cabezas de sudistas colgadas de las puntas de unos palos a la entrada de la aldea. Por consiguiente, y en previsión de agitaciones, el avión de Mobero fue desviado de su ruta. Arabes y negros (en Jartum), impulsados por sus respectivas reivindicaciones, vinieron a las manos. Los negros, inferiores en número, se resguardaron en la Misión Americana y en el Comboni College. La Misión Americana fue destruida por el fuego, y el Comboni se libró por la intercesión de algunas personalidades. Pero la reyerta extendía su furor por toda la ciudad; centenares de negros fueron bárbaramente asesinados y arrojados al Nilo, mientras la policía era impotente o quería serlo. De la Misión católica de Sambat quedaron sólo los muros, como testimonios mudos. El 7 de diciembre de 1964, el Comboni College fue asediado de nuevo al grito de «¡Queremos matar a los negros!»; y después se inició la destrucción. Los misioneros P. Sina, P. Cazzaniga y P. McCaw se refugiaron en la Catedral. Poco después intervino la policía, esta vez con más decisión, pero la Misión quedó igualmente perdida.

También el 7 de diciembre fueron asaltadas las Misiones de Jartum Norte y de Saggana. La Catedral, aunque asediada, fue respetada; en ella se habían refugiado unos treinta padres. El 8 de diciembre los diarios atacaban a los negros, acusándoles de ser los instrumentos de una conjura urdida por imperialistas, por naciones que querían la ruina del Sur. «Manos extranjeras (proseguían los periódicos gubernamentales) son responsables de esta operación contra el Sudán.» Y, además, con lenguaje duramente polémico, definían a los misioneros como «encubridores del imperialismo». En una editorial del Sahafa se les calificaba de «agentes provocadores».

Entre tanto proseguía la caza al negro. Frecuentes batidas de casa en casa diezmaban familias enteras. Se abrían campos de concentración bajo el control de la policía. Algunas mujeres dieron a luz en medio de la calle; el hambre imperaba, y hubo vendedores de alimentos que hasta llegaron a emponzoñar

familias enteras, hasta que el frío atenuó las persecuciones. Fue el momento en el cual el porvenir de las misiones comenzó a hacerse muy oscuro. El 23 de mayo de 1965, en Porkele, una Misión fue completamente destruida. Cuatro días después, el Seminario de Tore River sufrió la misma suerte. De nada sirvieron las intervenciones de los guerrilleros Anyanya, respecto a los cuales los misioneros albergaban la secreta esperanza de que pudiesen poner un dique al genocidio de la población sudista.

Un detalle curioso era que estos guerrilleros, sublevados solamente para defender sus derechos humanos, no por la cuestión religiosa, son cristianos sólo en minoría. Sus jefes, cuyos nombres eran desconocidos hasta hoy, tienen un territorio de acción. El pagano Taffne, de la tribu Lotucho, opera en Ecuatoria del Este; el musulmán Alí Batall, en Ecuatoria del Oeste, y en el Bahr al Ghazal, Albino Matong y Ciol Ajusk, ambos protestantes.

POLÍTICA INTERNA Y EXTERNA. INTERVENCIÓN DE LA U. R. S. S.

En mayo de 1965, el Sudán anticipó la rotura de las relaciones diplomáticas con Bonn, bajo el impulso de Nasser (y de la Liga Árabe). El diario sudista *Vigilant* reaccionó declarando que esto era ilegal, por no ser árabe todo el Sudán. En el mismo momento, el ministro de Justicia proyectó y presentó al Parlamento una ley separatista que no engañaba sobre las claras intenciones de desarraigar al S. A. N. U. y al Sur, convirtiendo en ilegales sus acciones. Entretanto se hablaba de liquidar también las «administraciones indígenas», o sea una sustitución de la organización tribal. Los comunistas, que no miran con buenos ojos a los tradicionalistas, se regocijaban. En Kampala se reunió el Congreso del S. A. N. U., del cual estaba excluida el ala de William Deng, uno de los fundadores que después pasó a ser disidente. En junio se reanudaron las persecuciones en el Sur contra cualquiera que, incluso incidentalmente, estuviese implicado en la causa sudista o con las misiones. Desde el día en que fue designado como primer ministro Mohammed Ahmed Mahgub, se intensificaron en el Sur las acciones del ejército. Cada día los diarios publicaban detalladas informaciones de matanzas y destrucciones. El *Vigilant* insistía en decir que en la mayor parte de los casos se trataba de gente inocente. Sin embargo, es seguro que los poblados católicos son los únicos en ser tomados como objetivos, y las vejaciones contra los habitantes son justificadas por motivos muy banales, cuando tales motivos existen.

Solamente los diarios de lengua árabe, como *Al Ayam* y *El Nil*, elogiaban por su parte la actuación del ejército, defendiendo las matanzas y empleando la excusa de las usuales medidas de seguridad.

En julio de 1965 estallaron en Juba otros desórdenes, que provocaron 1.400 muertos, entre los cuales 300 mujeres y 250 niños. La versión gubernamental fue, naturalmente, muy particular; los sudistas fueron acusados de la sedición. En Wau, el 11 de julio de 1965 (según el *Vigilant*), los participantes en dos matrimonios se reunían en una casa privada. Los soldados cercaron la casa, y hubo disparos, pánico, confusión y algunos heridos. Después un oficial nordista invitó a salir a todos los invitados, los cuales fueron matados en la calle, uno por uno. La versión gubernamental atribuyó toda la culpa a los sudistas. El *Vigilant* acusó al Gobierno, el cual respondió llevándole a los tribunales, que le obligaron a callar durante un año.

El *Southern Front* trató de llamar la atención del organismo internacional, mientras *El Nil* manifestó cinismo por esta toma de posición. Ahmed Mahdi, ministro de Información, declaró: «Los rebeldes han tenido la lección que se merecían... Es doloroso que algunos intenten alterar los hechos y que haya periódicos y agencias que se presten a ello...»

El primer ministro, Mahgub, en una declaración sobre la política del Sur, afirmó: «Mano de hierro. Haremos uso de toda la fuerza..., ninguna estación de las lluvias impedirá al ejército cumplir su propio deber... Pero queremos una solución pacífica.»

Entre tanto la U. R. S. S., no se sabe con qué título ni por qué razón, prometió un préstamo de cuatro millones de libras esterlinas al Gobierno sudanés. Acaso la razón pudiera ser buscada en los elogios exagerados que hizo Nasser del Partido Comunista sudanés, durante la conferencia de partidos comunistas árabes, celebrada en Alejandría, definiéndolo como digno de la máxima consideración por sus capacidades de infiltración y propaganda. O acaso en la persona de Joseph Garand, el único Diputado comunista sudista, elegido en el Parlamento con todos los votos nordistas y un solo voto del Sur, el suyo.

Un detalle curioso es que en el Sudán está vigente una ley, según la cual los intelectuales tienen doble derecho de voto: uno individual, como la masa ignorante, y el otro personal. Debe tratarse, sin duda, de un residuo tribal.

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

UNA CARTA DE ACUSACIÓN.

En el mismo junio de 1965, un grupo de estudiantes norteafricanos (de países árabes) residentes en Italia, en una carta dirigida al primer ministro sudanés, después de haber puesto de relieve muchos de los sucesos ante citados por nosotros, concluía diciendo:

«Nosotros por esto:

1. Presentamos una solemne protesta contra vuestro Gobierno, que utiliza métodos nazistas de genicidio premeditado y sistemático.

2. Creemos que esta actuación es un desafío directo que amenaza a la unidad africana y, por tanto, debe cesar inmediatamente.

3. Pedimos a nuestros respectivos Gobiernos que planteen la cuestión en la Conferencia de la O. U. A., y que defiendan la Declaración de los Derechos del Hombre, de la Carta de la O. N. U., para la cual se han comprometido.

4. Apelamos a las naciones amantes de la paz para que se alcen en defensa de los derechos humanos de la minoría indefensa de los cuatro millones de africanos del Sudán meridional.

5. Apelamos a la U. N. E. S. C. O. y a las organizaciones internacionales de los estudiantes para intervenir en favor del Sudán del Sur, a los cuales se les niega la instrucción.

Seguían las firmas. Fueron enviadas copias de esta carta a la O. U. A., en Addis Abeba; a la O. N. U., en Nueva York; a la U. N. E. S. C. O., en París; a la Liga Árabe, en El Cairo; a todos los jefes de Estado africanos; a la Cruz Roja Internacional, y a otras varias organizaciones y asociaciones.

RENUDACIÓN DE LAS PERSECUCIONES.

La propaganda sudanesa contra la Iglesia se intensificó en aquel punto. Entre agosto y septiembre de 1965 ocurrieron varios episodios, indicativos de actuaciones que tienen directivas falsas y epílogos ambiguos. El Gobierno difundió una comunicación oficial para propagar la versión de Jartum sobre

las matanzas de Wain y de Juba, y en general sobre el problema del Sur. Pero, como es natural, no se hacía la más mínima alusión a las razones por las cuales el ejército, empleado exclusivamente para combatir la acción de los partisanos, se había ensañado contra los civiles desarmados o contra la Iglesia. Por esto quedaron en silencio las iglesias profanadas, saqueadas y destruidas; el ataque alevoso al Obispo Ireneo Dud; el salvaje asesinato del P. Arcángelo Ali; la muerte misteriosa del P. Avelino Wani; las causas que han producido la fuga de seis sacerdotes sudaneses y centenares de seminaristas; los sucesos que han hecho perder toda huella de los sacerdotes sudaneses de las tres provincias del Sur, y la lamentable y forzada partida de casi medio millón de fugitivos. El documento no prescindía, sin embargo, de los venenosos ataques a los misioneros, representados como ejecutores opresores de la antigua política colonizadora y como ignominiosos instigadores de odio contra el Norte. Como es evidente, la propaganda contra la Iglesia se intensifica desde el momento en que ni siquiera en las declaraciones oficiales que precedieron y siguieron a la expulsión de los misioneros en febrero de 1964 se encontraba un rencor tan tendencioso.

Hacia el fin de agosto de 1965. el Seminario Teológico Protestante de Mundri, en el sur del Sudán (o sea, el Bishop Gwgyune College) fue devastado, saqueado y quemado por las tropas nordistas. Tres seminarios católicos sufrieron la misma suerte, mientras sus alumnos y profesores se refugiaban en el Congo y en Uganda. Más aún, dos seminarios católicos (Lul y Bussera) han quedado imposibilitados para funcionar; mientras que no se sabe nada seguro sobre el seminario de Okaru, que sufrió un ataque nordista, después del cual los alumnos huyeron a la selva. El Obispo protestante, con cautela y discreción, sugirió al primer ministro, y a Sadek el Mahdi, jefe del Partido político en el poder (y futuro primer ministro), la necesidad de desistir del empleo de las represalias armadas contra la población civil, como suposición previa de una iniciación de campaña para la paz.

El ex provincial de Mill Hill en Malakal, Fr. Foreman, expresó opiniones propias, según las cuales el Gobierno de Jartum puede estar seguro de que las Iglesias cristianas podrían ser un factor de calma en el conflicto; y que un retorno de los misioneros marcaría un gran paso hacia la solución del problema del Sur. Pero es como echar bencina en el fuego, porque la propaganda nordista insiste en culpar a los misioneros, como si ellos fuesen la causa de un conflicto esencialmente racial y político.

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

INTERVENCIONES EXTRANJERAS, REALIDADES Y ACUSACIONES INFUNDADAS.

El 6 de septiembre de 1965, Joseph Murumbi, ministro del Exterior del Kenya, declaró en una conferencia de prensa que no aprobaba los medios adoptados por el Gobierno de Jartum para resolver la cuestión. Fue la primera vez que un ministro del Exterior del Africa oriental declaró públicamente, y en términos no equívocos, que oficialmente su Gobierno no aprobaba la acción y los métodos de Jartum. La opinión pública en Nairobi y en Kampala está completamente de parte de los hermanos del Sudán meridional, y ninguno trata de ocultar la execración ante los métodos usados por el ejército sudanés contra la minoría africana del Sudán. Entre tanto la Iglesia católica de Soke fue bombardeada por la aviación, y así un conflicto local asumió las proporciones de una guerra.

Otro sacerdote sudanés, el P. Martino Lopidia, encargado de la misión de Torit en el Sudán meridional, huyó a Uganda con un denso grupo de fugitivos. Los exilados confirmaron la imposibilidad de vivir en las ciudades controladas por las tropas nordistas. Siempre a fines de agosto de 1965, Jartum acusó a Tshombé de ayudar a los partisanos y a los misioneros; acusación infundada, pero que encontró decidida aquiescencia en algunos círculos políticos de Damasco y El Cairo, que declaraban apoyar al Sudán contra una eventual influencia congoleña.

En aquel mismo tiempo, el Papa dirigió tres llamadas: al primer ministro Mahgub, a Sadek el Mahdí y a monseñor Ireneo Dud, único Obispo del Sur. A continuación de estos mensajes se dice que Mahgub pidió a su vez al Papa que interviniese cerca de los rebeldes para que depusiesen las armas, prescindiendo tranquilamente del hecho de que el Sumo Pontífice no tiene ninguna influencia sobre los partisanos. También había que considerar que con la expulsión de todos los misioneros y con las crecientes vejaciones contra los sacerdotes sudaneses (dos muertos, siete fugitivos y seis desaparecidos) cualquier contacto con el Sur está interrumpido y es fragmentario. (De la respuesta del Mahdi al Pontífice hablaremos más adelante.)

En Nairobi, el secretario del Azania, George Kwanai, habló de pruebas irrefutables respecto al alistamiento de mercenarios británicos como pilotos de bombarderos sudaneses. Por otra parte autorizada fue confirmada al tiempo

la presencia de numerosos rebeldes eritreos entre las tropas nordistas que operaban en el Sur.

Pero para darse cuenta de la singularidad de la política del Gobierno de Jartum bastarían pocas noticias. Sin tratar de profundizar el concepto con repeticiones inútiles, basta considerar el texto de la carta en inglés enviada por Sadek el Mahdi al Sumo Pontífice; una carta concebida con el propósito de querer dar un ejemplo de sutileza, una carta en la cual cada palabra tiene su significado y al mismo tiempo el contrario, con expresiones astutamente ambiguas y calculadas, que al mismo tiempo afirman y niegan.

DEL MAHDI A SU SANTIDAD PABLO VI.

La Carta estaba precedida por un anuncio, según el cual Sadek el Mahdi habría mandado al Papa un mensaje «por medio de un enviado especial», partido de Jartum para Roma algunos días antes. Nada más inexacto, ni del Sudán ni de la familia del Mahdi se había molestado ninguno en ir. La carta fue sencillamente confiada a un misionero de la catedral de Jartum, con el ruego de ser transmitida.

En el mensaje (del cual reproducimos las frases que a nuestro juicio contienen expresiones de naturaleza dudosa) se leía, entre otras cosas:

«Grupos de irresponsables intentan hacer de la cuestión del Sudán una guerra de cruzados.» Los grupos de irresponsables no son bien definidos (como nada será definido en la Carta), pero desde el momento en que *irresponsible groups*, traducido del inglés, no sólo significa «sin responsabilidad» (y, por tanto inocente), sino también «lunático», «demente» y «fanático»; y desde que el tono de la carta es vago, la denuncia alude a los misioneros, sacerdotes, cristianos, europeos y todos quienes son acusados de estar en la oposición.

«Hacer de la cuestión del Sur una guerra de cruzados» (o de las Cruzadas) es una frase clave de la carta, en varios puntos que han de analizarse. Alude principalmente a la prensa, católica o secular, de fuera del Sudán. La prensa que hablando de la revuelta, relatando las matanzas, encuadrando objetivamente los sucesos, refiere cómo es evidente la profunda rotura entre el norte árabe y el sur negro-africano, sometiendo a dura prueba la propaganda gubernamental. Y los motivos que han inducido a la prensa mundial a realizar campañas esporádicas, pero eficaces, no son pocos, pero pueden ser resumidos en varios puntos, de los cuales conviene hablar:

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

1) El *slogan* de 1948: «una lengua, una religión, una patria», si no estuviere escrito con sangre sería una legítima reivindicación, en el caso de que sobre esta base se construyese una unidad pacífica entre las dos partes de un país delimitado por fronteras que no fueron jamás históricas.

2) La campaña de islamización forzosa promovida por el régimen militar (1958-1964), durante la cual los niños sudistas no eran admitidos en las escuelas nordistas para la enseñanza del Corán sin haberse primero comprometido, con garantías paternas, a llegar a ser musulmanes.

3) «The Missionary Societés Act 1962», la ley que prohíbe a los misioneros ejercitar cualquier función que requiera su profesión (bautizar, predicar, recibir e impartir órdenes sacras) sin permiso del Gobierno. Esto constituye otra prueba de la sutileza sudanesa, desde el momento en que ningún permiso ha sido jamás concedido a los misioneros cristianos. Por el contrario, a los propagandistas musulmanes se les han ofrecido víveres, alojamiento y transporte con medios gubernativos, así como todo género de asistencia.

4) Las abiertas invitaciones de la prensa en árabe a la opinión pública: «Es necesario enviar misioneros musulmanes al Sur... Es necesario seguir el ejemplo de los misioneros cristianos.»

5) La frase, recogida al vuelo de los labios de un autorizado ex hombre político de Jartum: «Haremos al Sudán todo musulmán, de un extremo al otro, sin dejar atrás a ninguno.»

Al dar cuenta de tal toma de posición la prensa mundial, se ha decretado contra ella el ostracismo. Hoy ningún periodista está autorizado a entrar en el Sudán, y con los periodistas, los abogados, los operadores cinematográficos, etcétera.

El Mahdi añadía linsonjeramente: «Sabemos que la pluralidad de religiones es una realidad que actúa en los países africanos.» Esto es aún una evasiva al hablar de los países africanos y no del Sudán; admitiendo, por otra parte, la pluralidad de religiones como un dato de hecho, y no expresando su admisión bajo forma de derecho, no prevé si en el futuro tolerará en el Sudán el cristianismo como las otras religiones (y como veremos, no lo tolerará). De hecho es un fin demasiado claro, en la prensa árabe sudanesa en general, que la campaña anticristiana se hace en ventaja de la arabización. Siendo del dominio público el interés del Mahdi por islamizar el Sudán entero, sus argumentaciones sobre la tolerancia supuesta en los países africanos, incluso respecto

al cristianismo, no deberían interesar al Sudán mismo que en las afirmaciones no es mencionado específicamente. Así se deja a los intérpretes el gusto de individualizar sus intenciones exactas, sin dejar traslucir, por otro lado, que el Mahdi se confiesa árabe al proclamarse al mismo tiempo africano. Es un juego étnico-geográfico que en el curso de los siglos ha engendrado no pocas confusiones. «Nosotros en vez de ello comprendemos la coexistencia entre Islam y cristianismo.» Coexistencia, en pocas palabras, cuyo principio es poco más o menos este: «Lo que es mío es mío, y lo que es tuyo, es mío y tuyo, pero sólo si me conviene.» Transportemos en clave religiosa este cómodo proverbio de fondo económico y tendremos regiones árabes sudanesas que no toleran la injerencia cristiana, o viceversa, regiones cristianas con árabes (mahdistas), haciendo prosélitos.

«Ha venido el tiempo de africanizar las responsabilidades de la Iglesia.» Exclamación acontecida si el descendiente de Avicena se refiriese sólo a una sustitución gradual del clero indígena, sin daño para las obras existentes. Sin embargo, desde 1958, que con el plan de islamización se hizo la propuesta insistente de «sudanizar la Iglesia», aquella propuesta que parecía una lógica reclamación para justificar las propias posiciones, se ha venido revelando poco a poco y llevando a las mencionadas consecuencias. Ha sido una excusa bivalente para eliminar rápidamente los misioneros extranjeros, con un total de 600, y sustituirlos con los sacerdotes nativos, que en total no eran más de 50, de los cuales sólo 15 católicos. Esto significa, en pocas palabras, paralizar de golpe la acción de la Iglesia. Este es el verdadero fin del Gobierno: la institución de una pequeña comunidad local africana que en el momento oportuno podría desaparecer sin excesivas protestas ni oposiciones y, sobre todo, sin demasiado ruido.

Después de esto, el Mahdi declara extrañamente: «... algunos secuaces degenerados de Su Santidad utilizan la violencia en el Sur para sus finalidades políticas». Según el carácter de la carta y la índole del autor, no está claro qué se entiende por «secuaces degenerados de Su Santidad». Podría comprender a los cristianos en general como a los misioneros en particular; pero en ambos casos es muy vago. Si se trata de los misioneros, según insiste la prensa de Jartum, debe referirse a los expulsados, de los cuales, aunque lejanos, dice la prensa que son los factores, los organizadores y los financiadores de la revuelta. En definitiva, este es el usual lugar común repetido hasta la obsesión, que sirve para encubrir la verdadera razón de la revuelta; es la petición sudista de una

Federación, la única finalidad a que los del Sur tienen. Y en esto no se ve qué tienen que ver las misiones.

«Es un deber del Papa exhortar a sus súbditos a reflexionar», dice el Mahdi, entregándose a consideraciones paternales que incitan a la meditación. Y después: «La acción de los rebeldes... conduce a veces a operaciones que resultan para daño de algunos inocentes.» Aparte este «a veces», veamos, por tanto, cuáles son las operaciones, cuáles los daños y cuáles esos «algunos inocentes» a que el Mahdi alude.

En Juba, la noche del 8 de julio de 1965, porque un soldado nordista fue sorprendido y decapitado en una casa de placer (así como castrado, cosa verdaderamente execrable), el ejército pegó fuego a las chozas de los barrios populares, quemando 1.600; disparó sobre la población, que huía aterrorizada; bloqueó los caminos de salida; bombardeó y ametralló la leprosería; disparó sobre los médicos que estaban en la sala de operaciones. La vasta operación de los comandos duró toda la noche; y a la mañana siguiente se tuvo un balance de más de 1.400 muertos, entre los cuales los 600 leprosos del lazareto y unos 400 entre mujeres y niños.

En Thiet, en febrero de 1965, un comandante del ejército convocó a 16 personas, entre las cuales el juez de la aldea, un maestro y dos niños, y los mató en el acto con ráfagas de ametralladoras, sin dar ningún motivo justificado.

Un médico, Paul N., y un oficial de policía, Joel Akecn, ambos sudistas, fueron asesinados en sus casas, «en oscuras circunstancias».

Y la lista podría continuar. En este punto surge espontánea una pregunta: ¿Por qué la prensa da cuenta continuamente de las muertes de los rebeldes, cuando los verdaderos rebeldes están en los bosques, donde el ejército no se aventura por varias y evidentes razones? La respuesta es simple: el Gobierno y la prensa tienen interés en incluir bajo el título de «rebeldes» a cualquier adversario, con tal de que lo sea y por razones de comodidad.

«No vemos la razón por la cual la cuestión del Sur sea presentada como una cuestión religiosa», continúa Sadek el Mahdi. El problema meridional es político, pero también religioso, desde el momento en que para los musulmanes no hay distinción neta entre religión y política, las cuales asocian y distinguen continuamente. Por consecuencia, la eliminación del cristianismo del Sur significaría imponer el Islam hasta a poblaciones que ciertamente no tienen tendencia a llevar las fronteras musulmanas en el corazón de África; el Kenya, Uganda, Congo, la República Centrafricana, etc., donde imponer el Islam significa, por

tanto, no sólo una hegemonía de fondo religioso, sino también la acentuación del panarabismo como medio político.

«Hemos puesto en estudio algunas soluciones para el problema del Sur». Las soluciones en estudio a las cuales se refiere el Mahdi son aquellas presentadas a la Tabla Redonda de marzo de 1965; soluciones que fueron plenamente realizadas por los sudistas. He aquí cuáles fueron: nombres nuevos para departamentos viejos; gobierno centralizado en Jartum; gobernadores nordistas en el Sur; ejército de guarnición nordista; policía nordista; política interna y externa nordista; instrucción pública (punto doloroso) planificada por los nordistas.

«Deploramos el uso de la violencia en nuestro país». Después de cuanto ha sido dicho hasta ahora, nos parece inútil cualquier consideración, salvo una respuesta indirecta: «Siempre he estado a favor de la paz, pero ahora, para la unidad del país, es necesaria la fuerza y la emplearé»—dijo el primer ministro Mahgub en Nairobi el 6 de agosto de 1965—. Y si el chambelán es un violento, ¿por qué no debería serlo el Mahdi, a quien el primero considera como su profeta?

Por último, el Mahdi pide que «el Papa condene la acción de las organizaciones terroristas que suscitan escándalo y griterío en nombre del cristianismo». Es una afirmación inopinada y sorprendente, puesto que si la cuestión del Sur es esencialmente de naturaleza política y no religiosa, ¿en nombre de qué cosa y por qué motivo debería intervenir el Pontífice para rogar a los cristianos sudistas que cedan a los nordistas en una cuestión puramente política?

La carta de la cual hemos presentado los rasgos más importantes, termina con una evocación de paz; pero no sabemos hasta qué punto deba tomarse en consideración, en vista de los precedentes y las consecuencias.

Sin embargo, en este punto la situación del Gobierno de Jartum se hace más precaria e insostenible. De hecho, el Gobierno de Mahyub está imposibilitado de controlar el Sur, y así se lanza a la busca de un compromiso. Muchas organizaciones y núcleos de guardias nordistas en el Sur son asediados y privados de sus convoyes de abastecimiento. En estas condiciones, en Jartum están prontos a aceptar la propuesta de una «Judiciary Commission» para encontrar una fórmula de solución. Algunas soluciones fueron ya buscadas a su tiempo por el presidente de Ghana, Nkrumah, pero todas se quedaron en estado de estudio. En septiembre de 1965 fue celebrada en la universidad de Jartum una conferencia para la discusión del problema del Sur. Estaban presentes cerca de 600 personas, representando 31 organizaciones, partidos políticos, en-

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

tidades, Sindicatos, etc. Pero parece que la finalidad de aquellas largas discusiones fue sólo la de crear dificultades al Gobierno de Mahyub y pedir la constitución de un Gobierno de coalición que fuese más respetuoso de las libertades fundamentales.

Otro motivo de inestabilidad fue notado del hecho de que el primer ministro en funciones, Ahmed Mahyub, se hubiese opuesto por algún tiempo a que el presidente del Supremo Consejo (Ismail Azhari) representase al Sudán en la Conferencia de Jefes de Estado de Accra.

Quienes se han aprovechado de este ambiente de incertidumbre han sido el ya varias veces mencionado Sayed Sadek el Mahdi, jefe del partido Umma y persona más bien inteligente; y Sayed al Hadi el Mahdi, que no es la misma persona, sino el jefe religioso de la secta musulmana de los mahdistas. Este último, celoso de la estrella creciente de su casi homónimo y sobrino que es más abierto y moderno; se apoya directamente en la corriente más conservadora del Umma, que ve en la fuerza la solución de cada problema.

Entre escaramuzas y polémicas se llegó a julio de 1966. Desde muchas partes se pidió la dimisión de Mahyub; ya era afortunado de que no pidiesen su cabeza. Entre tanto cada día la prensa seguía publicando artículos y editoriales contra la Santa Sede y la Iglesia Católica.

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS Y SITUACIÓN ACTUAL.

Presionado por las reclamaciones del Imán (Sayed Al Hadi el Mahdi), el primer ministro resistió a los asaltos del joven Sadek, que se había conquistado la estima y la simpatía de gran parte del Parlamento. El Imán religioso, en la noche del 23 de julio de 1966, hizo fijar un manifiesto de exhortación y de reclamación en previsión de las elecciones, diciendo: «El Islam es religión y Estado al mismo tiempo; no existe ninguna diferencia entre las dos instituciones... en cuanto a la autoridad que yo poseo, me viene directamente de Dios y del Profeta... La autoridad verdadera es legítima sólo para el Imán y sus sucesores». El 25 de julio, en la Cámara y en sesión plenaria se presentó la moción de desconfianza. Hablaron Mahyub por el Gobierno y Turabi por la oposición; y después se pasó a la votación.

Estaba presente el Imán, y no se comprende para qué, puesto que la vota-

ción se desarrolló bajo su atenta dirección (lo cual estaba previsto por la ley). El resultado fue de 126 votos a favor de la moción de desconfianza, 30 en contra, 15 abstenciones; Mahyub cayó estrepitosamente. El 27 de julio hubo una segunda vuelta para proceder a la elección directa del primer ministro. Sadek el Mahdi fue elegido por aplastante mayoría, por 138 votos. Mahyub tuvo 29; Turabi, 7. El ex primer ministro pasó inmediatamente a la oposición.

En su discurso-programa, el nuevo líder sudanés, además de remachar algunas líneas sustanciales de su predecesor, adoptó en el acto una posición decidida en lo referente a los problemas más acuciantes del país.

Reanudación inmediata de las interrumpidas relaciones de Mahyub con otros partidos; y alejamiento de los comunistas de la vida social y política para la política interna.

Acoger capitales extranjeros y empréstitos, reforzando los organismos de producción para la economía.

En el campo social, liquidar las administraciones tribales; aniquilar la plaga de la prostitución; prohibir las bebidas alcohólicas; transformar en cooperativas las grandes concesiones agrícolas, etc.

En la administración general, adoptar procedimientos contra la corrupción, considerando las propinas como peligrosos usos de corrupción (afirmó Sadek). Muchas reformas fueron al mismo tiempo previstas para la educación.

En política exterior, garantizar la personalidad independiente del Sudán y su prestigio. Confirmación de la observación de los pactos con la O. N. U., la O. U. A. y la Liga Árabe, asociándose al mismo tiempo a la solución de los problemas mundiales.

En fin, para el Sur (la hemorragia de mayor preocupación), abrir la puerta a la comprensión y la cooperación, proponiéndose redoblar los esfuerzos para devolver la tranquilidad, y al mismo tiempo asegurar «libertad de fe y de culto» para los cristianos. Quiere además, y sobre una base de ensanchamiento nacional, llamar a representantes de los sudistas a los comités de planificación, y de los partidos sudistas a la comisión nacional para el esquema de la Constitución.

¿Qué pensar en este punto del nuevo Gobierno sudanés? A la luz de su programa, Sadek es ciertamente un político abierto, democrático, respetuoso de las libertades fundamentales, y (lo que más cuenta) parece ser el hombre nuevo del Sudán. Pero ningún hombre como Sadek el Mahdi, el joven y polémico idealista, debe ser considerado bajo un doble aspecto positivo-negativo, y

si el atento observador tiene en cuenta el primer aspecto, considera más próximo a la verdad el peso del segundo.

La actitud del cauto optimismo y del pesimismo moderado parece ser por el momento la línea de conducta a seguir en lo referente al Gobierno Sadek. No se debe olvidar que, por otra parte, ha iniciado su labor desde hace pocos meses, y ha perdido mucho tiempo en litigios domésticos.

Tratemos de examinar, por tanto, este doble aspecto del primer ministro, analizando dentro de estos límites sus intenciones. Entre los elementos positivos podríamos, sin más, colocar los más importantes; el Sur y la cuestión religiosa, si ellos también (como veremos) no tuviesen el propio reverso.

Apenas ascendido al Poder, el 29 de julio de 1966, Sadek manifestó intenciones óptimas y programas equilibrados. Para el Sur, admitió estar en busca de una solución pacífica, negociada y democrática, mostrando tener en cuenta el informe de la Comisión de los Doce, como base de estudio para la sistematización política del Sur. El ministro del Interior, Nugdalla (hombre de absoluta fidelidad de Sadek), en una reunión de jefes de confesiones cristianas en Jartum, se expresó así: «... libertad de culto. Alentar la formación del clero nativo, a fin de que ocupe el puesto del extranjero... Hacer regresar a los sacerdotes refugiados en el extranjero, y concluyendo dijo estar dispuesto a "revisar la Missionary Societes Act", aunque él estuviese convencido de no encontrar nada de injusto. En la línea de estas declaraciones, Sadek expresó otros signos de benevolencia y suavización, como el permiso concedido a cinco seminaristas para ir a estudiar a Roma, el permiso concedido al Vicario Apostólico de Jartum para dar un curso en una "escuela de Teología", el permiso dado a Pishop Allison de ir a Wau para la Cuaresma (ésta fue la primera visita de un misionero europeo al Sur después de la expulsión de 1964) y otras pequeñas cosas. El más importante signo de apaciguamiento fue la orden de suspender las acciones de represalias ejercidas por el ejército en el Sur; aunque parece ser que de las regiones meridionales se tienen noticias escasas y fragmentarias, y hasta parece ser que las tropas no obedecen las órdenes de Jartum.

Aquí, no disponiendo de otras pruebas concretas, termina la línea de separación, ya bastante descolorida, entre los aspectos positivos y negativos de Sadek el Mahdi. De hecho, confirmando cuanto antes se ha dicho sobre lo sospechoso de sus mismos programas, el primer ministro envió al Sur, en la última semana de octubre de 1966, cien autocarros con contingentes del ejército, una veintena de cañones novísimos y otro equipo bélico.

Siempre a propósito del Sur, el líder sudanés ha cerrado otra vez la puerta a una segunda Tabla Redonda, y esto podría significar la clausura de cualquier tentativa a la paz con el Sur. Pasar por alto y prescindir de la correspondencia epistolar entre la Comisión de los Doce y la Comisión para el Draft de la Constitución (donde los nordistas tienen y tendrán una preponderancia aplastante) significaría reducir a cero las concesiones concertadas en el seno de la Comisión de los Doce, y acabar así definitivamente con la última esperanza de los sudistas. Además, la creación de un «ministro residente» del Sur, con residencia de superintendente (que notoriamente será un nordista) podría significar la creación de un prócónsul en cuyas manos se acentuarían los plenos poderes.

Incluso en sus últimas declaraciones, Sadek aparece sobre todo en contradicción con sus puntos programáticos. «El Sudán debe permanecer unido, a fin de que toda Africa (la arábica y la africana) permanezca unida». Aparte la animosa iniciativa de intervenir en la lucha de la denominada «Segunda Revolución Africana»; en los proyectos de Sadek, la Unión africana debería exclusivamente estar vinculada al Islam. Esto refuerza sus precedentes convicciones expresadas en varias ocasiones, según las cuales el Islam debería conquistar toda Africa; o más exactamente, todos los paganos existentes en Africa.

En el fondo, el sentido de las declaraciones de Sadek y los otros cuando afirman la «libertad de religión», o «de culto» (no se ha hablado nunca de «libertad de propaganda») es éste: los cristianos pueden seguir siéndolo si quieren; pero los paganos *deben* (verbo que desde hace algún tiempo no agrada a los africanos del Sur) convertirse al Islam. El cristianismo, o sea, «las religiones extranjeras», deben quedarse inmóviles en Africa. A este propósito recordamos la ya citada carta de Sadek al Papa, el 3 de septiembre de 1965, en la cual se afirmaba explícitamente el concepto y se proponía definitivamente el proceso del panarabismo (sudanés) en acción; intolerante en sus injerencias y observaciones externas.

Por su parte, el diario gubernamental *El Nil* apoya incondicionalmente los propósitos del líder: «En nuestro país existe un campo vastísimo para la propaganda islámica, puesto que se encuentra sobre la frontera entre Islam y paganismo. Es necesario extirpar el paganismo en Africa. No queremos ser fanáticos contra las otras religiones (cristianos y judaísmo), pero corresponde al Islam proveer a la salvación de Africa». No queremos en este punto interpretar las razones que el Gobierno sudanés adopta para investirse de una fina-

lidad de semejante categoría, pero por otra parte parece lícito preguntarse hasta qué punto está Sadek dispuesto a hacer concesiones sustanciales en el Sur y si se propone promover negociaciones concretas.

Entre tanto, a despecho de sus propósitos de solución pacífica, ha enviado (como ya sabemos) una ingente cantidad de hombres y armas al Sur; cantidad jamás observada hasta ahora, y ciertamente esto no es el prelude de una solución pacífica, sino de una auténtica acción de fuerza. Si Sadek hubiese querido poner término a la guerra, mediante buenos oficios, y superar las reacciones de la opinión pública árabe en el interior y fuera, habría encontrado buenas razones en la situación económica desastrosa en la cual versa el país. Invocando este motivo en sustancia, habría podido justificar el cese de las hostilidades en el Sur y la iniciación de la paz. Pero en lugar de conversaciones constructivas hace ostentación de un silencio muy discutible.

Además, por la índole religiosa del problema del Sur, es necesario no olvidar que Sadek el Mahdi, como explica su mismo nombre, es fundamentalmente un personaje religioso islámico que, como fundamento de su prestigio religioso y político, se proclama (y es, efectivamente) heredero directo de la misión del antiguo Mahdi (o titulado «profeta» del siglo XIX). Hay también signos de aspiraciones (de Sadek) a restaurar, aunque sea lentamente, la teocracia; o sea, juntar en sus manos el poder religioso (que ahora está en manos de su tío Sayed al Hadi el Mahdi) con el poder político, que ahora es suyo. Una vez hecho esto, él trataría de realizar el sueño de ensanchar su área de influencia haciendo prosélitos tanto en el Sudán como en los países vecinos. Así está claro el desdoblamiento de la personalidad del líder sudanés: por una parte las declaraciones panafricanistas del primer ministro Sadek el Mahdi, y por otra parte el celo del Mahdi religioso por la conversión de los paganos. Hay que recordar, por tanto, que cuando Sadek habla de negociaciones con el Sur, su finalidad es sólo la de poner fin de cualquier modo a la revuelta. Una vez obtenido esto, y desarmados los sudistas, podrá imponer aquello que quiera. En el fondo la táctica es la de no obtener todo de una vez, sino por grados, y Sadek es el justo heredero de una milenaria y cauta sabiduría árabe.

Pero no obstante todo esto, Sadek el Mahdi, por la fuerza de su cauta habilidad política, recoge ciertamente mayor aprobación que su predecesor. Mahgub era evidentemente antioccidental, anticristiano intransigente, partidario de la fuerza a toda costa y del maquiavelismo; mientras que Sadek se declara contra la fuerza y parece haber frenado el poder excesivo de los mili-

tares; aunque no deje entrever qué es lo que se oculta detrás de ciertos buenos propósitos verbales. Entre los dos males, el menor es, naturalmente, Sadek, puesto que, por lo menos actualmente, no existen sucesores recomendables. El primer ministro sudanés queda como guía del país y ha de considerarse que en caso de un eventual alejamiento suyo, el Sudán se vería privado de un inteligente dirigente cayendo en un desastre extremo; seguramente con un deslizamiento—o cesión—hacia la izquierda en que los comunistas esperan con paciencia de chinos.

¿Pero el Sudán está ahora, con certeza, preparado para el autogobierno? ¿Es que ya no tiene necesidad de la ayuda de los pueblos occidentales? Tenemos muchas reservas a este respecto, porque ante todo los sudaneses necesitan dos cosas fundamentales, que son la ayuda económica y el consejo político (esto sin volver a considerar los pequeños argumentos del contorno). Sin embargo, la cuestión de la madurez es completamente insignificante porque se plantea demasiado tarde y ya no tiene ninguna relación con la situación actual. Que los pueblos coloniales estén o no preparados idealmente para la independencia, el hecho es que la reclaman y la viven más o menos serenamente. Por tanto, el verdadero problema es cómo continuar cualquier género de ayuda después de la independencia. En pocas palabras, cómo infundir en los nuevos Estados soberanos (que probablemente abrigan un antiguo y sordo rencor respecto a sus ex colonizadores) una fe en la buena voluntad, la imaginación y la capacidad del mundo democrático occidental. Entre tanto, las únicas alternativas son caos, ruinas y comunismo, o acaso las tres cosas juntamente. El Sudán ha vivido el caos y ha rozado la ruina; pero ha rechazado el comunismo, y éste es un positivo paso adelante, aunque proponga sustituir las doctrinas marxistas por las enseñanzas coránicas.

Como todos los países africanos, el Sudán es todavía un país de estridentes contradicciones, de contaminaciones; de las pequeñas crisis donde se reflejan otras crisis generales más profundas y complejas. En el país donde todavía existen costumbres que refieren al neolítico, y métodos tan antiguos como el Africa misma. Carece aún de técnicos, de élites, de profesionales, y para poderse descubrir a sí mismo ha hecho marcharse a quienes podían proveerles (a través de escuelas y universidades) de aquellos mismos hombres que necesitan. Tanzania y Kenya, por no citar más que estos ejemplos, con las universidades católicas de Dar Es Salam y Nairobi, proporciona continuamente elementos preparados para dar sangre y vigor nuevos a las clases dirigentes africanas. La política intolerante y celosa de los propios principios no ha con-

EL PROBLEMA DEL SUDÁN

sentido hasta ahora que el Sudán siga las huellas de otros países africanos. La maldición de esta región es acaso la de estar a caballo entre dos civilizaciones, sin lograr extraer de ambas los elementos necesarios para una digna autosuficiencia. Y entre esta variedad de puntos de vista y divergencia de opiniones que no encuentran un punto de encuentro, se agita aún un problema que está lejano de la solución. Poco más o menos el problema del Africa misma.

CARLO MELE

